

El oficio de historiar

Eugenia Meyer



Un libro de historia, cualquiera que sea su finalidad inmediata, debe dar testimonio de la natural y riquísima variedad de lo individual humano y, de ese modo, romper una lanza por la causa de la libertad.

Edmundo O'Gorman

Una larga y fecunda vida tuvo Edmundo O'Gorman. Larga en experiencias y en vivencias como individuo y como historiador. Fecunda por cuanto a su creatividad e inventiva que le permitieron pasearse por la vida y la historia con desparpajo y seguridad.

Por sobre todo, O'Gorman fue un apasionado de su oficio, el de historiar en sus dos facetas: la del investigador de temas, procesos y personajes que busca las fuentes, los recovecos y vestigios del pasado, y la del descubridor que *inventa* restos y rastros y construye historias maravillosas para ser contadas, para ser recordadas.

La otra faceta de ese oficio fue, sin duda, la del maestro, que me sirve de punto de partida para recordarlo ahora, cuando se cumplen cien años de su nacimiento.

Recuerdo, allá por 1958, en la todavía nuevecita Ciudad Universitaria, su entrada triunfal a los salones del segundo piso de la Facultad de Filosofía y Letras, y digo triunfal porque ésa es la expresión justa de la impresión que hacía en sus novatos alumnos. Parecía un *lord* inglés, con impecable pantalón de franela y saco maravilloso de *tweed*. Todo, y siempre, en armonía con una colección de corbatas arrebatadoras, que contribuían a quitarnos el aliento junto a su presencia, su porte y su forma de acceder a la tribuna para enfrentar a una horda de estudiantes tan azorados que no se atrevían ni a parpadear.

Tras las gafas sobresalía una mirada firme, directa, de ojos claros que delataban su origen británico y que contrastaban de manera irresistible con el pelo cano, casi

plateado, que alguna vez debió ser castaño. Esta especie de actor de cine hacía su irrupción en la escena abastecido tan sólo de unas pequeñas hojas dobladas bajo el brazo, escritas con una pluma fuente, que le servían poco como apuntes o notas para escenificar la gran representación.

Sin más preámbulos o introducciones, empezaba la exploración de las aguas profundas del conocimiento y de la imaginación. O'Gorman era un provocador nato. Nos obligaba a pensar, sin recato alguno, a temer al ridículo y, sobre todo, a penetrar en el mundo fascinante, siempre ignoto, de la historia.

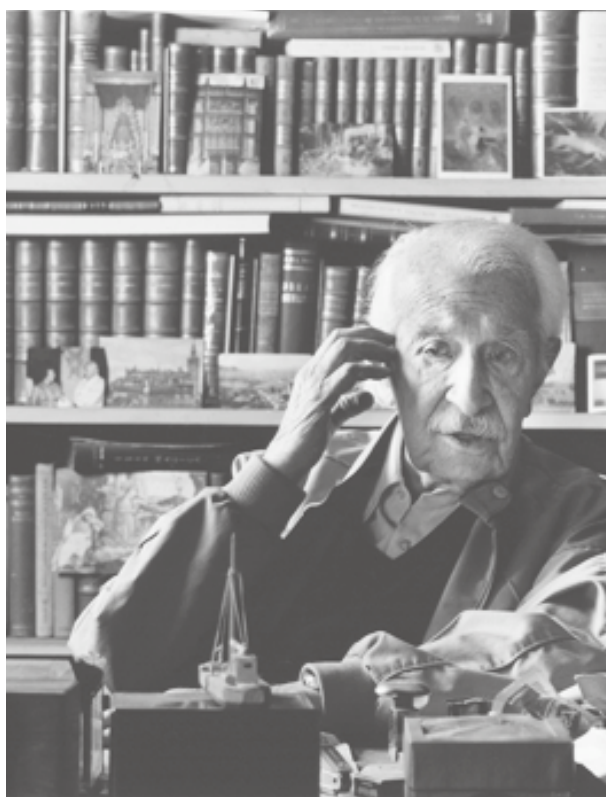
Se trataba de ir más allá de fechas, datos, personajes, anécdotas y de adentrarnos en los qué, los por qué, los cómo y los cuándo. Desde la primera lección estableció el significado de ciertas palabras y conceptos: pasión, entrega irracional, incondicional, para establecer así un pacto con el pasado y buscar una visión diferente de la historia y sus protagonistas, bajo la premisa, que siempre defendió, de que a la historia y a los héroes no se les regaña.

O'Gorman expresó su vocación por la enseñanza y adoptó un compromiso total con la Universidad Nacional Autónoma de México que lo cobijaría por tantos años.

Cierto es que no realizó sus estudios de abogado en la máxima Casa de Estudios de México, sino en la Escuela Libre de Derecho, que le otorgó el título de licenciado en Derecho en 1928. No sería sino veinte años más tarde, haziendo de la práctica jurídica, cuando luego del feliz encuentro con José Gaos y de descubrir en Martin Heidegger una razón de pensamiento, obtuvo la maestría en filosofía con especialidad en historia, y tres años más tarde el doctorado en esa disciplina.

Por entonces se incorporó a la vida universitaria y procedió a formar parte del inventario de notables. Fue en las aulas, los seminarios, los archivos y el debatir cotidiano donde se encontró verdaderamente a sus anchas, desarrolló una capacidad creadora inigualable y redondeó un legado singular por cuanto a la manera de pensar y construir sus muy particulares historias, que mezclaban siempre las argumentaciones jurídicas y las filosóficas dándoles un originalísimo matiz histórico. En sus años postreros reconocería que jamás habría podido reunir sus muchas e importantes experiencias “sin la protección, enseñanzas y estímulo de que he sido el afortunado beneficiario por parte de los rectores, directores, profesores y estudiantes con quienes a lo largo de los más y mejores años de mi vida he tenido el privilegio de colaborar”.¹

O'Gorman fue realmente un maestro por excelencia a quien el emeritazgo llegó tan sólo como confirmación de un hecho por todos sabido. Cada cátedra y cada es-



© Remberto Arce

crito fueron un andar entre la filosofía y la historia que conducía a sus alumnos y lectores por el camino del verdadero análisis y la consecuente interpretación del devenir histórico. Porque, como bien decía, el “pasado es fuente inagotable de posibilidades, sobre todo cuando se le sujeta a cuestión de tormento”.²

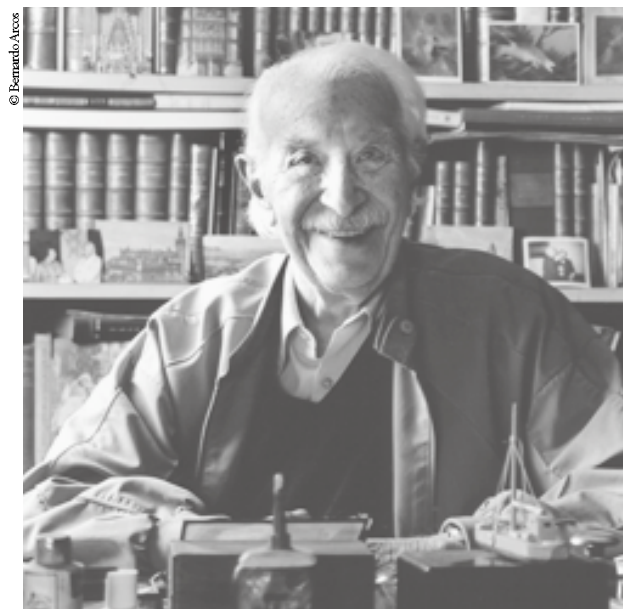
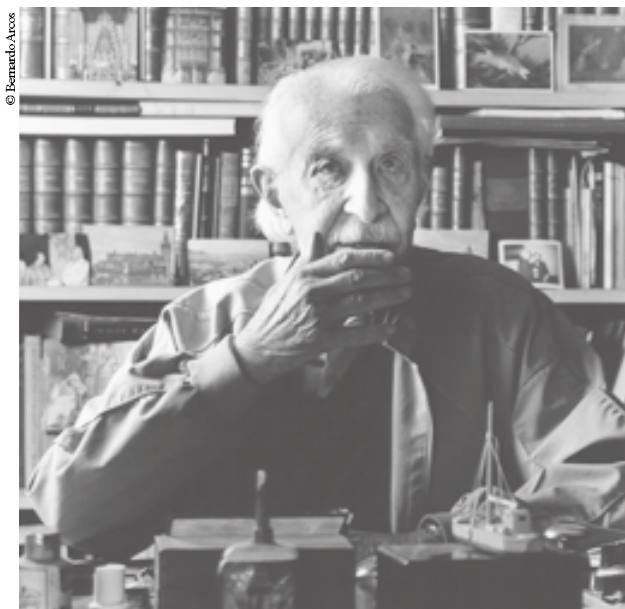
Consciente de la tarea y la responsabilidad del historiador, defendió a contracorriente la libertad individual de pensar, estudiar y escribir sobre los temas más diversos, acordes con sus intereses y sus pasiones, sin poner en riesgo la permanente búsqueda de sí mismo. En ese sentido mostró una coherencia absoluta entre el pensar y el hacer, frente a la “devoradora pasión por los hechos”.³ Confrontado desde siempre con el pensamiento tajante y los postulados de Ranke, asumió con valor la incapacidad del historiador de alcanzar la objetividad.

Lector infatigable, recordaba con cierta nostalgia cómo los historiadores medievales tejían sus cuentos, dejando de lado, casi con indiferencia, las cronologías, la geografía, el testimonio interno o externo de los documentos. Así, de hecho, se olvidaban de todas las reglas impuestas y los linderos fijados por quienes esperamos que nuestra tarea sea entendida como un esfuerzo, un paso más adelante, en aras del conocimiento histórico.

² Edmundo O'Gorman, “Hidalgo en la historia”, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia en *Memorias de la Academia*, Academia Mexicana de la Historia, xxiii, número 3, México, julio-septiembre de 1964, p. 239.

³ Edmundo O'Gorman, “La historia: Apocalipsis y Evangelio”, *Diálogos. Artes / Letras / Ciencias Humanas*, México, volumen 12, número 4, julio-agosto, 1976, p. 6.

¹ Edmundo O'Gorman, *Del amor del historiador a su patria. Palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Letras*. 1974, Centro de estudios de Historia de México, CONDEMEX, México, 1974, pp. 14-15.



Como bien decía, ni una nota, y menos una bibliografía, eran suficientes para formular un estudio *científico* cuando echamos en el olvido cualquier información exhaustiva y la pretensión de alcanzar la tan traída y llevada imparcialidad que tanto parece preocuparnos en el mundo contemporáneo.

Estableciendo una paradoja historiográfica, asumió que lo importante era enfrentarse al misterio de descubrir en dónde estamos situados, porque “bien podría ser que se ha alcanzado el otro punto extremo de la escala, es decir, un mínimo de interpretación personal consciente y la servil dependencia de los documentos. De ser ese el caso, el conocimiento histórico se encamina a una crisis”.⁴

A O’Gorman le fastidiaba el exceso de “cientificidad”, la pléyade de datos, documentos, citas que inundan los artículos y estudios históricos y advertía que nadie duda de las afirmaciones en ellos sustentadas, aunque en demérito de la originalidad y el compromiso en virtud de su afán por fijar la atención en una enorme cantidad de minucias que, finalmente, inundan el entorno con un:

(...) inconmensurable volumen de producción historiográfica con que a diario se ve bombardeado el pobre historiador y de la cual se supone debe enterarse, so pena de muerte académica (...). En verdad tal parece que para escribir algo merecedor de aprobación el estudioso de la historia debe tener la eternidad a su disposición, para no mencionar un monstruoso, inhumano y jamás saciado apetito por los hechos, hechos y más hechos.⁵

No obstante, O’Gorman fue, a todas luces, un ejemplo fehaciente y acabado del trabajo científico, acucioso

y puntilloso del historiador. Baste como botón de muestra sus innumerables estudios introductorios y ediciones críticas a los historiadores de la Conquista, o la acuciosidad con la que elaboró el medio centenar de artículos que fueron resultado de su trabajo en el Archivo General de la Nación, entre 1938 y 1952.

En ese continuo debatirse entre la historia fáctica y la interpretativa, se pronunció siempre por alejarse de la descripción para generar y beneficiar el entendimiento del proceso histórico, que nos lleva irremediamente a una personal y compulsiva verdad, que puede ser o no aceptada por sus contemporáneos y que, por tanto, marcará su éxito o su fracaso, aceptando como un hecho que los demás no necesariamente comparten su “visión”. Me refiero a la idea de que la historia no puede ser una ciencia porque no le incumbe dar una *idea* del hombre y de la sociedad humana:

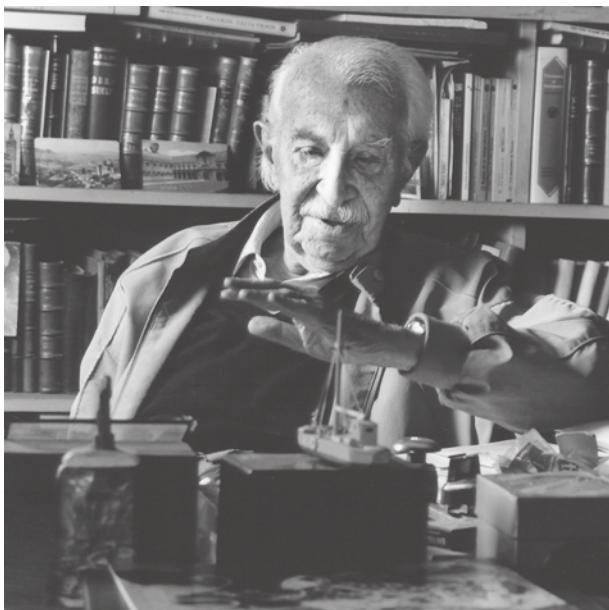
(...) que en vez, su tarea es ofrecer una *visión* de la índole histórica del género humano y de los esfuerzos y logros individuales para realizarla, y que debe entender al cuerpo social como una organización al servicio del bienestar personal... Un proceso por lo tanto, cuya realidad primaria es la rica variedad de los individuos y, por eso, un proceso en el cual el tiempo de duración de la vida humana ofrezca la posibilidad real de la plenaria realización de sí misma.⁶

Su intención estuvo orientada hacia la defensa y peculiaridad del conocimiento histórico, liberado del empeño de la cientificidad que acosa y limita el trabajo propiamente histórico. Creía que el empeño por incluir a la historia en el ámbito de las ciencias sociales, por

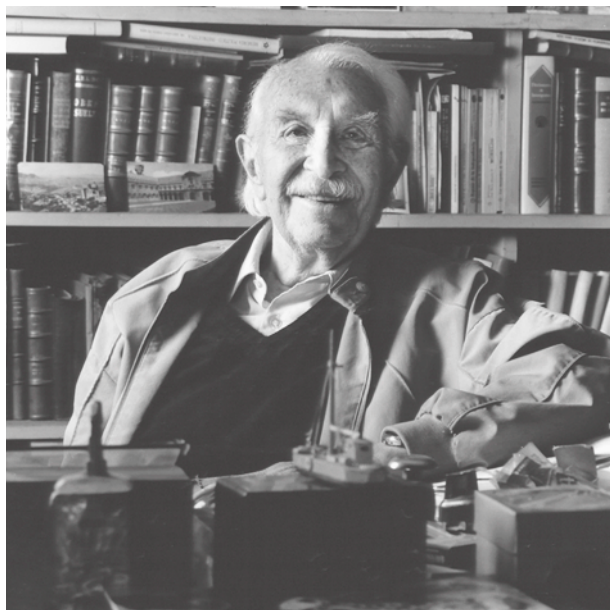
⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

⁶ Edmundo O’Gorman, “La historia: Apocalipsis y Evangelio”, *op. cit.*, p. 10.



© Bernardo Arcos



© Bernardo Arcos

atender a una voluntad de orden, sólo se traducían en formas sutiles de propaganda a favor de la deshumanización del hombre y que corrían el riesgo de convertirse en herramientas muy eficaces al servicio de ambiciones tecnocráticas y despóticas.

La libertad y la justicia aparecen como constantes, de manera casi obsesiva, en su largo quehacer de historiar. Empezó con los clásicos, a los que primero cuestionó y con quienes debatió, y de quienes más tarde se convirtió en defensor permanente, como Herodoto,⁷ Tucídides⁸ o el mismísimo Tomás Moro.⁹ Siempre se mostró como un incansable defensor de aquellos personajes que adoptaba y arropaba. Quiero mencionar sólo algunos casos que dan cuenta de ese trabajo sobresaliente: descubrió al hombre que era Hidalgo,¹⁰ más allá del personaje de bronce que la historia patria se empeña en mostrarnos; comprendió la grandeza del padre De las Casas;¹¹ rescató y recuperó a Motolinía,¹² y dignificó al sujeto histórico, valiente y contradictorio que fue fray Servando Teresa de Mier.¹³

⁷ Herodoto, *Los nueve libros de la historia*, prólogo de Edmundo O'Gorman, Porrúa, (Sepan cuántos, 176), México, 1971.

⁸ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, introducción de Edmundo O'Gorman, Porrúa, (Sepan cuántos, 290), México, 1974.

⁹ Edmundo O'Gorman, *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, Alcancía, México, 1937.

¹⁰ Edmundo O'Gorman, "Hidalgo en la historia", *op. cit.*

¹¹ Fray Bartolomé de las Casas. *Los indios de México y Nueva España*, antología, edición, prólogo, apéndices y notas de Edmundo O'Gorman, con la colaboración de Jorge Alberto Manrique, Porrúa, México, 1966; y fray Bartolomé de las Casas, *Apologética histórica sumaria*, edición preparada por Edmundo O'Gorman con un estudio preliminar, apéndices y un índice de materias, dos volúmenes, UNAM, México, 1987.

¹² Fray Toribio de Motolinía, *El libro perdido* (ensayo de reconstrucción de la obra extraviada de fray Toribio de Motolinía) Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Secretaría de Educación Pública, México, 1989.

¹³ Fray Servando Teresa de Mier, *Antología del pensamiento político americano*, selección, notas y prólogo de Edmundo O'Gorman, UNAM,

Una somera revisión de su obra nos permite observar la perseverancia casi obsesiva de O'Gorman por temas como los cronistas, la historia colonial, el culto a la Virgen de Guadalupe,¹⁴ las experiencias independentistas y la revolución de Ayutla,¹⁵ y hasta por personajes de los albores del siglo xx, como Justo Sierra.¹⁶ Sin embargo, pese a que nació a escasos cuatro meses de lanzado el Manifiesto y Programa del Partido Liberal Mexicano, el 24 de noviembre de 1906, de haber vivido una infancia ciertamente protegida y aventajada en el viejo barrio de Coyoacán, y de guardar de una u otra forma experiencias revolucionarias cotidianas que marcaron a su generación, no mostró interés alguno en el estudio del proceso que determinó la primera gran revolución del siglo xx.

Fue, a qué dudarlo, nacionalista a ultranza, insobornable, si se quiere, en la tarea de recurrir a la historia patria para encontrar nuestra razón de ser y la inspiración del futuro. Por eso consideró imperativo describir a México a partir del apotegma: "México es lo que es, porque ha sido la realización de una entre otras posibilidades históricas logradas gracias al esfuerzo y a las virtudes de unos hombres eminentes".

Y con claridad diáfana, argumenta:

México, 1945; y Fray Servando Teresa de Mier, *Obras completas I, El heterodoxo guadalupano*, estudio preliminar y selección de textos por Edmundo O'Gorman, UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana), México, 1981.

¹⁴ *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1986.

¹⁵ Edmundo O'Gorman, "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla" en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, Ediciones de la Facultad de Derecho, UNAM, México, 1954.

¹⁶ Edmundo O'Gorman, "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México" en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1980.

El ser de México, por lo tanto, radica en el modo en que esos hombres concibieron y en la manera cabal en que cumplieron sus responsabilidades en la esfera de los intereses de la nación. Tal es la esencia de toda entidad histórica; tal, pues, la de México: proceso que se despliega en la historia y que descansa en y depende de la responsabilidad de sus hijos.¹⁷

O’Gorman, el historiador, fiel a su compromiso, atendió el legado de las diferentes etapas y experiencias de nuestro pasado. Sin embargo, al toparse con el siglo XX, se sintió impedido no sólo de emitir juicios, sino incluso, me atrevería a decir, de confrontarlo con la misma pasión e imaginación con que se ocupó de la historia mexicana de otras épocas.

Por ello, quizás, a manera de explicación para él y para los otros, reconocía que la Revolución no fue:

(...) como no lo es nada, un fenómeno de generación espontánea, algo milagroso que, habiendo reducido a cenizas un régimen caduco y podrido, nada le deba al pasado. Afirmando enérgicamente los anhelos que explican el triunfo del movimiento iniciado en 1910 y la apertura que ese triunfo significó para ideas nuevas valientemente traducidas e instituciones y programas de acción social nunca antes ensayados, es necesario ver que en todos los órdenes pero peculiarmente, por su índole, en el relativo a la esfera intelectual, la Revolución hunde raíces en el pasado que la vinculan, no ya tan sólo con el devenir nacional, sino más amplia y generosamente, con el gran proceso de la Historia Universal.¹⁸

Y si bien es cierto que, como decía, “la tarea de escribir historia se ha desmandado más allá de la capacidad humana, elocuente síntoma —si lo hay— de la falacia de un método que acaba por invalidarse a sí mismo”,¹⁹ se mostraba permanentemente interesado en estimular, interesar y conducir a las nuevas generaciones de historiadores por el camino del compromiso con la verdad.

¹⁷ Edmundo O’Gorman, “La supervivencia política novo-hispana”, CONDUMEX, Centro de Estudios de Historia de México, 1969, p. 10.

¹⁸ Edmundo O’Gorman, “La Revolución mexicana y la historiografía” en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Universidad Veracruzana (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras), Xalapa, 1980, p. 208.

¹⁹ *Ibidem*, p. 7.

En él había una intención permanente de conocer y comunicar. A estos empeños dedicó desvelos y esfuerzos. A fin de comprender la misión del oficio y sentar las bases de cómo debía ser la historia escrita, era menester partir de un paralelismo con la vida de los mortales. Esto es, elaborar una historia imprevisible, susceptible de sorpresas, accidentes, venturas y desventuras.

Planteó la necesidad de una historia tejida de sucesos que “así como acontecieron, pudieron no acontecer”.²⁰ O sea que reconocía el imperativo del azar, distante del esencialismo, para conseguir que se liberara de la causalidad y fuera comprendida a partir de la imaginación.

Con ello, otorgaba a la historia la cualidad de arte, muy cercana a la narrativa literaria. Le pedía que se atreviera a volar, a arriesgarse, que mostrara los cambios en la forma de ser y actuar de los hombres, bajo el libre albedrío. Es decir, para comprender el pasado debíamos ubicarnos ante un abanico de diferentes opciones con el propósito de impedir que los seres humanos parecieran “juguetes de un destino inexorable”.²¹

Sin duda fue encomiable su preocupación por quienes se iniciaban en el camino del quehacer histórico. Además de pasar horas, días, semanas y meses sentado frente a su mesa de trabajo, rodeado de libros y documentos, allá en San Ángel, siempre procuró la comunicación con sus alumnos, para lo cual inventaba un sinfín de posibilidades, temas, nuevas interrogantes, lo que fuera y como fuera para mantener vivo el diálogo. Según afirmaba:

(...) los motivos que a mi parecer provocan la desazón en el ánimo de los jóvenes historiadores que, ante el desconcierto de la enorme y caótica producción historiográfica, claman por una nueva historia menos empaquetada y engreída de una supuesta erudita objetividad. Un nuevo estudio del pasado que sea riguroso, sí, pero menos tedioso y aun divertido.²²

²⁰ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, alocución leída en el salón de actos de la Universidad Iberoamericana en la ceremonia de recepción del doctorado *Honoris Causa* en Humanidades, México, 4 de octubre de 1991 en *Nexos*, año 15, volumen xv, número 175, julio de 1992, p. 52.

²¹ *Idem*.

²² Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, *op. cit.*, p. 49.

Fue, a qué dudar, nacionalista a ultranza, insobornable, si se quiere, en la tarea de recurrir a la historia patria para encontrar nuestra razón de ser y la inspiración del futuro.

Frente a este reto, se vio obligado a desenmascarar a los *fantasmas* que vician y entorpecen la historiografía contemporánea en aras de una verdad histórica absoluta. A saber, el fantasma del esencialismo que establece un divorcio insalvable entre el ser del ente de que se trate y su historia, porque aquél pretende imponer la idea de que los entes históricos:

(...) no son lo que son en virtud de una supuesta esencia o sustancia que haría que sean lo que son. En otras palabras, su ser no les es inherente, no es sino el sentido que les concede el historiador en una circunstancia dada o más claramente dicho, en el contexto del sistema de ideas y creencias en que vive... El ser, pues, de un ente histórico es mudable y mudable será, correlativamente, su historia; mutaciones que, para decirlo de una vez, responden a la variable idea que en el curso de la historia el hombre va teniendo de sí mismo. Lo que cambia, por consiguiente, no es ni el Tiempo ni la Historia según es común pensar; lo que cambia es el hombre, extraña criatura que tiene la capacidad de inventarse diversos estilos de vida, es decir, diversas maneras de ser.²³

Y qué decir del segundo legado o fantasma, la causalidad, que se hizo presente cuando el conocimiento histórico sucumbió al mimetismo de las ciencias de la naturaleza. Reconocía que en la narrativa historiográfica, si se pretende que un suceso se entienda como el efecto de otro anterior, se acepta la necesidad de ese vínculo, porque solamente así se trataría propiamente de un efecto. Cuando pretendemos aplicar el principio causa-efecto propiciamos una absurda y obligada consecuencia como solución o respuesta a la trabazón de los sucesos históricos.

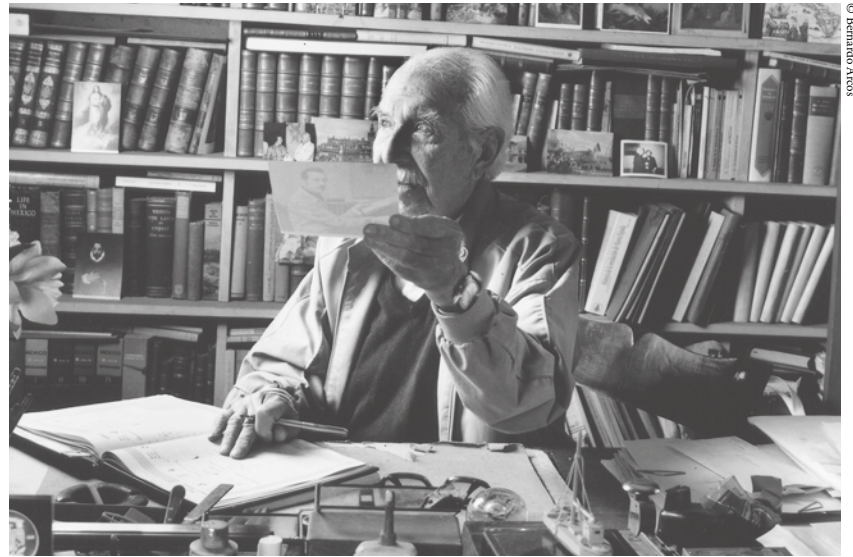
Con la misma firmeza y claridad advirtió sobre un tercer fantasma que se interpone en la búsqueda de la verdad histórica: pretender que existe una necesidad imperativa de darle un fundamento empírico probatorio al resultado de una investigación exhaustiva.

O'Gorman conmina a las nuevas generaciones a poner un alto en la búsqueda de fuentes, de información, cuando se manifieste esa especie de "revelación":

(...) o si se prefiere, la verdad histórica tiene un elemento apocalíptico que no sólo se nutre de la literalidad de los testimonios, sino de la experiencia del historiador, de su formación, su cultura, sus preferencias, sus filias y sus fobias. En esa revelación está la verdadera aventura y el goce de la dedicación a la historia.²⁴

²³ *Ibidem*, p. 50.

²⁴ *Ibidem*, p. 51.



© Bernardo Árcos

Se trata, a fin de cuentas, de evitar desconfiar de la imaginación y asumir, en consecuencia, que existe la posibilidad y la necesidad de afrontar el desafío de *inventar* las fuentes cuando éstas parezcan incompletas o dispersas, o cuando, simplemente no existan o no hayan sido develadas. No por casualidad se abocó a ciertos temas que generaron un debate permanente, o que lo llevaron a significativas polémicas.²⁵ A partir del gran sujeto que para él fue América, su invención o incorporación como concepto a la cultura occidental y, junto con éste, de personajes y procesos de la compleja historia de México que, tomando la conquista como punto de arranque, lo lleva a un sinfín de posibilidades para entender el *trauma de su historia*.²⁶

En sus años últimos O'Gorman mostró una profunda preocupación por la deshumanización de la tarea histórica que intenta sustituir la mente individual, responsable de sus pensamientos, por una colección de mentes, ninguna de las cuales se responsabilizaba de los resultados obtenidos, que derivaban de un conocimiento no verdadero. Quizá con desparpajo, retomando la propuesta de Benedetto Croce de entender a la historia como hazaña de la libertad, concluyó, a manera de epitafio, que para salvar a los historiadores habría que prescindir de ellos, asumiendo que, a fin de cuentas, todos, simplemente, "somos eso, somos historia".²⁷

²⁵ Véase como ejemplo, Marcel Bataillon y Edmundo O'Gorman, *Dos concepciones de la tarea histórica, con motivo de la "Idea del descubrimiento de América"*, UNAM, México, 1955; y Edmundo O'Gorman, "Polémica en torno al altar de la Catedral de México" en *Ensayos sobre la Ciudad de México*, VI, México, 1967, pp. 113-140.

²⁶ Edmundo O'Gorman, *México, el trauma de su historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977.

²⁷ "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México" en *Seis estudios*, op. cit., p. 201.